

## LA HOYA AMAZÓNICA

Por: **DANIEL ORTEGA RICAUBTE**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 1, Volumen VII  
1941*

(Continuación)

### ETNOGRAFÍA — LOS INDIOS OMAGUAS

**N**os resta referirnos, entre las tribus salvajes del Alto Amazonas, a la de los *omaguas*, pues aunque ahora constituye una familia casi extinguida, cuya sangre no es pura, y que está reducida a la extensión del gran río comprendida entre la boca del Napo y el Juruá, fue sin duda alguna una de las más importantes y extendidas de todas las de aquellas regiones amazónicas.

Los omaguas del Amazonas pertenecen a la raza tupí, de la cual ya hemos hablado al tratar de la etnografía en general; pertenecieron indudablemente a una gran nación antigua muy adelantada, tanto por el grado de cultura que alcanzó, como por la vasta extensión que ocupó en lo que se llamó "El Dorado", la que estaba esparcida en una longitud de varios miles de kilómetros, que abarcaba desde la parte alta del Marañón y el Amazonas hasta el Jutahy; a las catorce leguas de este río (que el P. Acuña llamó Jetau) llegaban los últimos omaguas, donde formaban un pueblo grande, que era como una avanzada para resistir el ímpetu de sus enemigos; éstos no se encontraron sino a 50 leguas de las riberas del Amazonas, aunque la anchura de la provincia omagua era mucho mayor que la del río, cuyas incontables islas, algunas de gran extensión, estaban habitadas por ellos. También llegaban al Orinoco y fueron hasta el Brasil y el Paraguay. Algunos etnólogos creen que estos indios vivieron muchos años atrás cerca de los Andes de Popayán y que de ellos descienden los mesayas; de allí fueron al Caquetá para pasar más tarde al Amazonas. A ese respecto, la Condamine parece tener la misma opinión cuando dice: "no se cree que sean originarios del país, y hay sospechas de que vinieron a establecerse a las orillas del Marañón descendiendo por alguno de los ríos <sup>(1)</sup> que tienen su origen en el Nuevo Reino de Granada, huyendo de la dominación de los españoles cuando conquistaron esos territorios".

La gran extensión del suelo suramericano que llegó a estar dominada por los omaguas, se deduce claramente leyendo las descripciones que de aquellos indios hacen los distintos

---

<sup>1</sup> Quizás se refiere también al Caquetá.

misioneros de una y otra región, quienes los mencionaron en apartados puntos, aunque con diferentes nombres.

Tenían estos indios tantas poblaciones, que al decir del misionero P. Córdoba, "apenas se pierde una de vista cuando va se descubre otra"; más en lo general eran poblaciones relativamente pequeñas, pues de algunas, como la que exista en la isla de San Pedro de Alcántara, sabemos que no tenía sino 28 casas. En cambio, el P. Gumilla en su "Orinoco Ilustrado" al narrar la expedición de Felipe de Urte en 1545, nos refiere de un pueblo de omaguas o "enaguas" de 15.000 indios, que fueron rechazados por Pedro de Limpias con 37 soldados. Algo semejante narra sobre la misma predicción el historiógrafo Fernández de Oviedo y agrega que el cacique que le servía de guía le mostró al conquistado una inmensa ciudad.

De las narraciones de los cronistas y primeros misioneros deducimos también que esta era la nación más noble y la más diestra en la navegación, hasta el punto de haber merecido el nombre de "los fenicios de la América del Sur", por la rapidez con que navegaban, por ser los más ágiles navegantes y por la gran extensión de los recorridos que hacían en sus embarcaciones.

Su idioma, que todavía conservan, es el más copioso y dulce y fácil de pronunciar, pero no tiene relación alguna con los demás del Perú y del Brasil que hablan sus vecinos demás arriba y de más abajo, a todo lo largo del río; de él derivan muchos dialectos de otras tribus actuales. Sin embargo, su lengua autóctona no la hablan sino entre ellos mismos y como en secreto, pues en público el idioma corriente es el tupí y entre algunos el portugués, aunque muy desfigurado.

Hasta los fines del siglo XVII se conocían estos indios también el nombre de *arianas*; en diversos cronistas se encuentra que indistintamente se les denomina *agua*, *en-aguas*, *umauas*, *om-aguas*, e "*iacanga-pegua*" que en lengua tupí quiere decir "cabeza plana", palabra que se transformó en la de *cambehuas* y luego en *cambebas* con que la designan algunas de las tribus vecinas. (Es curioso anotar que en Missouri, — E. U. A., existió una tribu llamada omahas).

El P. Acuña, tantas veces citado, al describir — a principios del siglo XVI — su viaje en compañía de Teixeira, dice que encontró 70 leguas abajo del Ucayali a los *aguas* llamados comúnmente *omaguas*, en una provincia de 200 leguas de longitud y poca anchura, hasta 14 leguas abajo del Jutahy, y al hablar de esos indios agrega: "Esta gente es la de más razón, y mejor gobierno, que ay en todo el rio, ganancia, que les grangearon algunos que de ellos estuvieron de paz, no ha muchos años, en el gobierno de los Quixos; de donde obligados del mal tratamiento, que se les hazia, se dexaron venir el río abaxo, hasta encontrar con la fuerza de los de su Nación, e introduciendo en ellos algo de lo que avian aprendido de los Españoles, les pusieron en alguna policía".

Una de las principales características de los *omaguas* es el aplanamiento de sus cabezas, y de allí el significado del nombre *cambebas* (cabeza plana) que, como ya dijimos, les dan otros indios. Este achatamiento de las cabezas, que ha llamado la atención de muchos

antropólogos que han estudiado sus cráneos, es artificial y lo realizan con las criaturas de pocos días de nacidas; para ello forman una especie de rastrillo o peine (de unos 15 centímetros de largo por 6 de ancho), de paja del plumero del carrizo, el que sujetan por la parte inferior con un hilo a dos rieles de cañabrava; luego lo colocan sobre la frente desde los ojos hasta el cabello y para protegerla, debajo de él ponen una almohadilla cilíndrica de algodón, todo lo cual sujetan muy apretadamente con una venda ancha y fuerte por detrás del occipucio. Con esta operación del achatamiento graduado de la base craneana, la cabeza les queda larga, chata y muy desproporcionada y les agranda la arcada de las cejas, dándole a los ojos un relieve sorprendente.

Sobre esta particularidad dice el P. Acuña: "quedan con el cerebro y la frente llana, como la palma de la mano; y con estas aperturas no dan lugar a que la cabeza crezca más que por los lados, viene a desproporcionarse de manera, que más parece mitra de obispo mal formada, que cabeza de persona". Y es de admirar, como le sucede a Marcoy, que si la inteligencia tiene su asiento, como algunos lo aseguran, en los lóbulos del cerebelo, se pueda compaginar esta atrofia del cerebro con la admirable inteligencia de los omaguas y con la vivacidad de espíritu que los caracteriza y su portentosa aptitud para las artes manuales.

Ladislau Neto afirma "que esa costumbre de la compresión del cráneo, era usada en casi toda la América, desde los tehuelches de la Patagonia, hasta los pueblos del extremo norte". Parece estar demostrado que tal aberración fue tomada del hombre de Laguna Santa, pues algunos de los cráneos encontrados allí, ofrecían esa extraña conformación. Los actuales omaguas afirman que se apretaban la cabeza para acercarse más a la luna llena.

El tiempo y el contacto con los españoles en sus frecuentes merodeos por el Amazonas, abolieron en los omaguas de San Paulo de Olivenza la costumbre de aplanarse el cráneo. Marcoy dice que en dicha población murió a la edad de 68 años el último omagua que se comprimió la cabeza.

Esta abolición de la costumbre tradicional de oprimirse el cráneo los omaguas, fue seguida de una disminución notable de estos indígenas: jóvenes y viejos morían por decenas; algunos de ellos vieron en esta mortalidad un justo castigo del desprecio que se hacía de las antiguas costumbres; otros lo atribuían a la pequeña viruela que se extendió por casi todas las tribus amazónicas. Para reforzar la familia omagua, singularmente diezmada por las epidemias, los portugueses la mezclaron con las tribus de los *cocamas*, *guríes*, *ticunas* y *mayorunas*, tomadas de los ríos vecinos, no obstante que todas ellas eran muy odiadas de los *omaguas*. Igual cosa suplió a los *omaguas* que poblaban la región de Nauta, quienes la abandonaron con motivo de una epidemia que allí se presentó, pero de éstos, los que se establecieron en las márgenes del Ambiyacú fueron también diezmados más tarde por la viruela y los que remontaron el Huallaga vinieron a mezclarse aun contra su voluntad, con los *cocamas*, que hoy forman raza aparte.

El aspecto fisonómico y distinto de las cuatro tribus, desnaturalizado por la mezcla de sus individuos, no es reconocible hoy entre estas tribus híbridas. El tipo *omagua*, por el contrario, se denuncia a primera vista por la redondez esférica de la cara, el relieve de las órbitas y por esa expresión ingenua, bonachona y sonriente, pero un poco estúpida. Pero

los omaguas, no obstante su fusión aparente con las precitadas castas, jamás han pactado alianza con sus tradicionales enemigos los *yuríes*, los *ticunas* y los *mayorunas*, y no han querido mezclar su sangre con la de los *cocamas*, sus aliados, ni con la de los blancos, sus explotadores.

En cuanto a su constitución como nación, merece anotarse un sistema quizás único en el mundo, digno de la consideración de los sociólogos, pues aunque estos indios eran muy sociables, no tenían método alguno de gobierno, carecían de caciques o de jefes y no obedecían a nadie, aunque la mujer ejercía gran influencia sobre ellos. Se odiaban a muerte con todas las tribus vecinas, tales como la de los *urinas* al sur y la de los *ticunas* al norte, con quienes libraban frecuentes batallas y también se mataban y se cautivaban mutuamente, pero aquellos a quienes declaraban como sus esclavos, los querían mucho, los cuidaban y les cobraban tal cariño, que comían con ellos en el mismo plato. Sobre esa estimación por los esclavos nos refiere el P. Acuña:

"Llegábamos a un pueblo de estos Indios, recibiéndonos, no solo de paz, sino con danzas, y muestras de grande regozijo, ofrecían quanto tenían para nuestro sustento con gran liberalidad, compravánselos paños texidos, y labrados, que con voluntad daban; tratándoseles de venta de las canoas, que son sus cavallos ligeros, en que andan, al punto salían a concierto. Pero en nombrándoles esclavos, y apretándolos a que se vendiesen: *Hoc opus hic labor est*, aquí era el descompadrar, aquí el entristecerse, aquí las trazas de encubrirlos, y aquí el procurarse zafar de nuestras manos, muestras ciertas de que más los estiman a solo ellos, y más sienten el venderlos, que deshazerse de lo demás que poseen".

Al hablar de las misiones católicas del Alto Amazonas, nos referimos a la catequización de estos indígenas, llevada a cabo de 1668 a 1725 por el infatigable y abnegado Padre Samuel Fritz, que mereció el título de "Apóstol de los omaguas". Este padre y otros jesuitas, fueron enviados allí por su superior a petición de los mismos indios que huían aterrados por la persecución encarnizada de algunos bandidos del Pará que buscaban esclavos, los dispersaban y tenían que refugiarse en los bosques o en las misiones españolas y portuguesas; por la misma razón, los jesuitas reclutaron a muchos de los omaguas refugiados en San Paulo de Olivenza.

Los exploradores de mediados del siglo XVIII encontraron vestigios de la labor evangelizadora del P. Fritz en los ludios, quienes referían la ceremonia del bautismo y conservaban muchas tradiciones, aunque ya desfiguradas por el correr de los años. De las 38 misiones que fundara el P. Fritz, hoy son florecientes poblaciones los caseríos brasileños de Fonte Boa, Coary, Teffé y San Paulo de Olivenza.

Digamos ahora algo de sus costumbres:

Los omaguas construían sus casas a la orilla del río; éstas eran de madera y cubiertas de palmichas, con dos puertas, una que miraba al río y la otra con salida por detrás; en cada casa vivían pocos indios "de lanzas" con sus mujeres y sus niños. Usaban mosquiteros tejidos en fina tela de algodón y tenían bancos de madera para sentarse.

Eran de los pocos indios que no andaban desnudos, prueba más del adelanto de su cultura; por eso los españoles decían de ellos que eran "gente decente"; los hombres vestían camisetitas de algodón pintadas, sin mangas, que les llegaban a las rodillas y las mujeres apenas se envolvían unas mantillas de algodón muy angostas, vestimenta muy diferente de

las que acostumbraban llevar todos los demás pueblos de las riberas del Amazonas. En un antiguo manuscrito de Heriarte, hallado en 1874 en la Biblioteca Imperial de Viena, se dice que estos indios usaban sombrero.

Con esas telas tejidas y pintadas con variados colores muy bien combinados por ellos mismos y con algodón que ellos cultivaban, comerciaban con las naciones vecinas. Los jóvenes omaguas usaban en ciertas ceremonias un manto sobre las espaldas que caía a lo largo del cuerpo, indumentaria que se completaba con adornos de plumas, collares de dientes humanos y de animales, brazaletes, cinturones y mil adornos variadísimos. El P. Acuña dice: "los omaguas cercanos a los españoles del Perú son gente rica de oro, que traen en grandes planchas pendientes de las orejas, y narices, y si no me engaña mi discurso, según lo que leí en la Historia del tirano Lope de Aguirre, esta era la Provincia, a cuyo descubrimiento iba Pedro de Orsúa".

Los omaguas muchas veces enterraban vivos a sus hijos acabados de nacer, bien porque no eran del sexo que deseaban, o bien porque la madre todavía estaba criando otro.

Los omaguas usan mucho de dos clases de plantas: el floripondio (*datura arbórea L.*), rico en alcaloides tóxicos, y la que ellos llaman *curupa*, con las cuales se embriagan, y duran con la borrachera por 24 horas con visiones extrañas; la curupa la toman también en polvo como el rapé, para lo cual la colocan en la horquilla de una caña hueca en forma de Y, e introducen cada rama en una fosa nasal y aspiran fuertemente.

En las fiestas, hombres y mujeres beben mucha chicha por tres o cuatro días seguidos y son ellas tan frecuentes, que van celebrándose de tribu en tribu casi todo el año.

Los omaguas son, al decir de La Condamine, los inventores de las jeringas de caucho, huecas en forma de pera horadada en su extremo, a las cuales les adaptaban una cánula y las usan para lavados intestinales. De estos indios copiaron los portugueses del Pará el uso terapéutico de este artefacto, universalmente empleado hoy en la medicina. Mas ellos lo usaban en las fiestas, antes de la comida, cuando el jefe lo iba ofreciendo a todos los invitados. El nombre de caucho se deriva también de la palabra omagua "cahuchu" con que designaban la leche de ese árbol, como lo encontró el mismo La Condamine.

Por último, como dato muy curioso, refiere La Condamine que estos indios conocen muchas estrellas y que a las constelaciones les dan nombres de animales, como lo hacen los astrónomos modernos. La cabeza del "Tauro", por ejemplo, la llaman "Tapiera Rayoubá" que quiere decir *quijada de buey*, y aunque por buey conocen a la danta, no deja de ser admirable la similitud de estos nombres.

(Continuará).

